

CÓMPLICES

Llegué después de la hora acordada, pero había tiempo más que suficiente para lo que íbamos a hacer. Él llevaba media hora esperándome y no me pidió explicaciones porque sabía que, tarde o temprano, yo vendría. Pasara lo que pasara, yo siempre venía.

–La lluvia... –traté de explicar, porque era la excusa palpable.

El agua bajaba en riadas por las calles entorpeciendo el tráfico intenso de la noche del sábado. En escasos minutos el paisaje urbano pasó a ser un lodazal sin formas reconocibles. Llovía tanto que el paraguas de flores se convirtió en elemento inútil aunque decorativo. Estornudé varias veces, tenía los zapatos de tacón cubiertos de barro y el abrigo empapado. Tantos escollos me hicieron dudar del momento.

–Yo no sé qué hago aquí... –le dije.

Él contestó que yo sabía muy bien la razón de haber venido y me pidió que dejase de hablar.

–Hablar no es necesario cuando lo que se requiere es pasar a la acción. Hablar le impide a uno moverse, tomar decisiones, ir más lejos.

Él siguió y siguió en esa vena. Yo no dije nada porque estaba de acuerdo con él. Era una de esas situaciones en las que él sabía que yo sabía, y yo sabía que él sabía.

–No, no hemos venido a hablar, ya hemos hablado demasiado, hemos explicado todo lo que había que explicar, hemos tratado de delimitar las cosas con las palabras. Pero las cosas siempre terminan desbordándonos como esta lluvia que cae del cielo...

Todo eso lo decía él y todo eso lo pensaba yo, así que dejamos de hablar y entramos en el portal de ese edificio vacío que el tiempo, como también me había dicho él en una ocasión anterior, se había encargado de llenar de desechos, basura, restos de objetos irreconocibles.

–No quiero subir con el paraguas –repuse, para dejar atrás lo que ya no me servía.

Coloqué el paraguas chorreante en una esquina de la entrada, y procedimos a subir las escaleras. Los dos sabíamos bien el piso hasta el que había que subir. Él me lo había repetido hasta la saciedad, es el quinto, el quinto piso, la planta quinta, nada más que la quinta sin ascensor, en un edificio que la escoria había hecho suyo por completo.

–¡Iniciemos el ascenso hasta la cúspide! –propuso, tratando de sacudirse el agua de su enorme gabardina.

Le respondí que eso podía entenderse de diversas maneras. Su respuesta fue que él sólo entendía las cosas de una manera cada vez, pues de lo contrario todo resultaba demasiado complicado. Me recordó que no estábamos allí para hablar. Me lo decía todo desde su altura, me sacaba la cabeza y los hombros, parte de la espalda; era el doble de ancho también, y en ese presunto ascenso a la cúspide me dejaba apenas un estrecho pasillo a su lado. En cada escalón, además, había que encontrar un hueco para no pisar la inmundicia que se había acumulado con el tiempo. Mis posibilidades iban reduciéndose por momentos en aquel ascenso como si me correspondiera, por algún improbable destino, cada vez menos.

Y pese a las dificultades, yo subía animosamente porque llevaba una vida dentro de mí.

–Es que quiero comunicarte algo... –le dije.

Como no hubo reacción de su parte, pensé que le anunciaría, sí, la feliz noticia cuando llegáramos a la *cúspide*.

–Algo... –repetí.

Él miraba al frente, su expresión inalterable sólo podía ser la de un hombre que quiere llegar a la cúspide, y cuanto antes mejor. Por mi parte, impulsada por la ola de calor en la que me sumergió el ejercicio o posiblemente mi estado de gravidez, me fui quitando prendas, primero el abrigo, luego el pañuelo de seda que me había protegido infructuosamente la cabeza de la lluvia, finalmente la bufanda de cuadros. Con el continuo ascenso, yo entraba más y más en calor, y en el segundo piso decidí quitarme también la chaqueta. Al dejar atrás el tercer piso me habría desabotonado la blusa, pero observé que él no había tocado su atuendo para nada. Al contrario, él subía las escaleras sin inmutarse. Lo hacía además trabajosamente, y es que si antes la enorme gabardina le había protegido de la lluvia ahora le entorpecía la marcha al haberse endurecido con el agua. Esa gabardina era una carpa, pensé.

–Es una carpa –le dije.

Dejamos atrás el tercer piso, y observé sin poder contenerme el perfil anguloso, el cabello dorado y abundante que le llegaba hasta los hombros, una expresión que podría pasar por inescrutable si no fuera porque yo anticipaba lo que él quería de mí. Arrastraba con desgana un paraguas que estaba dejando tras de sí una pista de gotas de agua, y así se lo hice ver.

–El agua se evapora –me recordó– y además aquí no vive nadie.

Estábamos ya en el cuarto piso, había más escalones de los esperados para un edificio tan antiguo y ciertamente para esas horas. Me costaba respirar, eché la mano sudorosa a la

barandilla y traté de impulsarme, escalón a escalón, con complicados movimientos del brazo izquierdo. Él seguía subiendo las escaleras sin mirarme, su segunda actividad consistía en apretar en cada descansillo el botón que activaba la luz de la escalera durante breves segundos. Parecía que no le afectaba el esfuerzo salvo por unos puntos brillantes que le cubrían la frente. No sé si eran sudor o lluvia, pero no parecía estar cansado ni presentó quejas en voz alta. Yo resoplaba, se me hizo un nudo en la garganta, y cuando faltaban apenas unos peldaños para llegar al quinto piso –esa *cúspide* de la que él tanto me había hablado– me dejé caer en las escaleras y allí estuve sentada hasta recuperar la voz. Debí emitir alguna vocal, cualquier expletivo, pero él seguía sin decir una palabra. Finalmente aspiré todo el aire que me cabía en el pecho y le dije con un gemido que ya podíamos continuar.

–Antes no sabías que hacías aquí, y ahora quieres continuar, ¿en qué quedamos?

–No entiendo... no, no entiendo por qué esta vez no vamos al sitio de siempre... –dije en lugar de lamentarme.

Era evidente que esa noche no estaba dispuesto a contestar a ninguna pregunta. Me incorporé y traté con grandes esfuerzos de erguirme lo más que pude y de mostrarme más alta de lo que soy. *¿Qué se siente allá arriba?* quise preguntarle, pero sabía que también esa pregunta quedaría sin contestar. Tuve que decir cualquier cosa para acabar con un silencio que se prolongaba de más, así que afirmé que quería ser solidaria pero no cómplice.

–Sólo se es cómplice de un delito –agregué a mi razonamiento anterior– así que no habría por qué venir de noche.

–Ya no es de noche del todo –dijo en voz muy baja, señalando un tragaluz sonrosado en lo alto del hueco de la escalera– y si estamos aquí es porque es lo natural.

Se hizo de nuevo la calma y subimos el par de escalones que nos quedaban para alcanzar la cumbre. Los dos últimos parecían más altos que los anteriores puestos juntos, el impulso de mi parte fue descomunal. Yo sin aliento, y él como si hubiera caminado apenas unas pulgadas, llegamos finalmente a la quinta planta. Había una única puerta sobre la que estaba escrita la palabra “izquierda”.

–¿Dónde está la derecha? ¿La puerta derecha? ¿Quiero saber dónde está la puerta derecha? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? –pregunté como si en eso se me fuera la vida.

Con tanta pregunta me doblé sobre mí misma y me quedé así un rato. Él sacó la llave del bolsillo de la gabardina; la puerta, al abrirse, rechinó tan agudamente que tuve que taparme los oídos.

–Ya te he dicho que aquí no hay nadie– repuso, dándome la espalda.

Aquí no ha habido nadie desde hace tiempo, me dije, aspirando el olor del polvo y de la humedad. Busqué en esa oscuridad un interruptor a ciegas, y aunque di con uno no sirvió de nada.

–Han cortado el agua y la electricidad, como hace tanto que no vengo –me explicó– ahora nada más que funciona la luz de la escalera.

–¿Desde hace cuánto que no vienes? ¿Cómo es posible que no hayas venido en tanto tiempo si ésta es tu casa, tu calle, tu portal, tu barandilla, tus escaleras, tu tragaluz, tu... tu vida? –hice todas esas preguntas sabiendo que no recibiría respuesta a ninguna de ellas.

De nuevo me quedé sin aire, y ya no le veía el perfil, la frente con las gotas de agua o de sudor, la imponente gabardina que tenía que pesar como una carpa de circo, su paraguas mojado que delataba el camino que habíamos seguido por las escaleras de aquel edificio. Dejamos la puerta abierta y esperamos a que la luz del descansillo se apagara sola.

–¡Treinta segundos! –dijo él.

Yo conté mentalmente de treinta a cero. Se hizo la oscuridad y al momento los dos nos pusimos a caminar por ese recinto tenebroso; a veces nos chocábamos el uno contra el otro, a veces yo me rozaba con la esquina de un mueble o con una silla. Sólo se oía la lluvia dando con fuerza contra las ventanas.

–No quiero correr las cortinas –me explicó sin que yo le hubiera pedido aclaraciones– no quiero que entre aún la claridad de la madrugada.

Yo las toqué, eran suaves las cortinas, tupidas, de terciopelo grueso. Corrí las manos describiendo círculos hasta que alcancé una fría pared de tacto áspero.

–Después de tocar una superficie así, las cosas no pueden sino mejorar –dije en voz alta, ignorante de lo que estaba a punto de suceder.

La silueta de él se recortaba delante de la puerta que daba al descansillo; el umbral plateado de aquella puerta abierta fue la única fuente de luz durante el suceso.

–Es una propiedad que no uso mucho, aunque... aunque a partir de ahora podrían cambiar las cosas.

En la oscuridad sentí su mano derecha en mi espalda, y con imprevista premura me atrajo hacia sí. Me besó sin apenas tocarme los labios, y entonces me echó hacia atrás, doblándome por la cintura. Pese a la falta de luz, podía adivinarse que estábamos junto al quicio de una de las puertas.

–¡No te muevas! –me susurró en el oído.

Oí entonces que la puerta se cerraba muy despacio, rechinando como un animal. Y si la puerta se había cerrado con exagerada lentitud se abrió de golpe, dándome con furia contra

el vientre. Con un brazo él seguía teniéndome bien sujeta sin que yo pudiera hacer nada para protegerme, y con el otro nuevamente me apaleaba el vientre con la puerta que se abría y se cerraba. En vano traté de defenderme, suplicándole a gritos que dejara de darme aquellos golpes.

–¡Más no, más no! –imploré, pero el ataque no cesaba y me convencí de que allí se terminaba todo.

Fueron muchas las sacudidas, después de varias dejé de contar. Pedí socorro y grité cuanto pude, sabiendo que no vendría nadie porque en aquel edificio no había más que basura y silencio; hasta la lluvia implacable absorbía mis súplicas. Cuando terminaron los golpes noté que algo cálido se me escapaba entre las piernas. Y entonces él me soltó como si me hubieran dejado caer de lo alto de un trapecio. El oscuro paisaje de pronto se iluminó al encender él una cerilla, y dejé de dar gritos.

Me vi ensangrentada, le vi a él mirándome con curiosidad. Cuando se apagó la llama volví a gritar por el dolor y el miedo.

–Esa noticia no podía ser pública, ¿comprendes? –me dijo desde su altura como si me escupiera.

–¿Cómo supiste...? –le pregunté, luchando contra aquel dolor.

Respiraba con dificultad.

–Lo sospechaba desde hacía semanas. Estabas... más preocupada por el futuro... menos interesada en mí...

Seguía sin verse nada, pero yo me deshacía en pedazos.

–... ya sabes, sí, ya sabes que tengo que llegar a la cúspide...

Se quitó entonces la gabardina y me arropó. Yo quería repetir lo que le había dicho. Que su gabardina parecía una carpa. De circo. Grandiosa. Acartonándose por momentos al evaporarse el agua de la lluvia. Sofocante. Que ocultaba de todo. Que podía acabar con quien yo era. Que representaba el final de las cosas. Que por fin yo lo veía todo muy claro en un momento tan oscuro como ése, y que por ello me atrevía a decirle lo que nunca le había dicho.

–Sin tu gabardina no eres nada...

© Isabel del Río 2018

Relato de “Una muerte incidental” de Isabel del Río, publicado por Friends of Alice Publishing